


LOS DIOS EN LAS ELEGÍAS DE PROPERCIO.

XLC
VII
1974

Tesis que para
optar por la
LICENCIATURA EN
LETRAS CLÁSICAS
p r e s e n t a
MARIA PATRICIA VILLASEÑOR CUSPINERA.

1 9 7 4 .





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

TESIS CON FALLA DE ORIGEN

INTRODUCCION.

La elegía romana se desarrolla durante el principado de Augusto. Es un género de poesía subjetivo, propio del espíritu romano de este período, en el cual los jóvenes talentos, desde Galo hasta Ovidio, plasman sus vivencias personales. Ellos cantan las circunstancias e incluso los acontecimientos políticos que rodean su vida sólo en la medida en que afectan su destino individual; su propósito es la exaltación de sus amores, tema central de su vida y, por ende, de su obra.

En este tipo de poesía las figuras mitológicas juegan un importante papel y son utilizadas, en mayor o menor grado, por todos los poetas elegíacos; pero no son más que formas convencionales, sin que se piense que tienen verdadera influencia sobre los actos de los hombres.

La antigua mitología pertenecía a una religión estatal que no se preocupaba por el hombre común, sino por el destino colectivo de un pueblo. La situación política anula al hombre-ciudadano que formaba parte de esa colectividad y tenía influencia en su destino; al hacer desaparecer la libertad política, impone con ello la búsqueda de una respuesta personal ante los problemas y la lucha por lograr la única libertad que se podía conseguir en un Estado dirigido por el príncipe: la libertad individual.

El hombre comienza entónces a concebir divinidades que resuelvan sus problemas particulares y no los de un Estado que no le interesa. La filosofía que predomina en este período es fundamentalmente ética y sólo en segundo término se preocupa por las relaciones del hombre con las divinidades. Son doctrinas que se pueden mantener bajo cualquier régimen político pues se basan en el comportamiento interno de las personas. Además, permiten que cada quien tome de ellas lo que conviene a su propio carácter y que se adapta mejor a las circunstancias sociales de su mundo. Estas escuelas filosóficas contribuyeron grandemente a la desaparición de la fe en los antiguos dioses.

El epicureísmo que, a través de Lucrecio, se había extendido ampliamente en Roma, tenía como una de sus principales teorías la de que los dioses no se preocupan de los hombres y son, como ellos, agrupaciones de átomos, si bien más felices que ellos. Para Lucrecio, los mitos no son más que bellas fábulas que los mismos hombres han inventado, sea para explicar los fenómenos naturales que todavía no comprendían, sea para simbolizar las pasiones y los problemas humanos. Tan importante como el epicureísmo durante este tiempo es el estoicismo y esta escuela destruye también la creencia en los dioses, ya que la divinidad providencial, razón del universo, es immanente al mundo y parte de cada uno de los hombres. Por último, el neopitagorismo, aunque pretende mantener vivas las antiguas leyendas, explicando que son alegorías morales, interpreta los mitos a su manera, haciendo desaparecer igualmente la fe en ellos.

El culto religioso, por otra parte, ha sufrido un considerable menoscabo. Los dioses romanos se han asimilado a los griegos y de la antigua religión utilitarista romana quedaba sólo la superstición, los presagios, los formalismos rituales y las terribles visiones de ultratumba derivadas de los etruscos: era una religión opresiva contra la que se pronuncia todo hombre culto. Sin embargo, Augusto piensa que la restauración de esos antiguos cultos debe acompañar al restablecimiento de las tradiciones romanas que impulsaron en otro tiempo la grandeza romana que él intenta preservar. Pero la posición oficial no influye en el pensamiento religioso; para los romanos pertenecientes a los altos círculos de la sociedad, la religión se convierte en un asunto particular, en parte de su propia filosofía de vida; el pueblo en general se inclina hacia las nuevas religiones que, a pesar de la oposición, se introducen en Roma procedentes de Oriente y que se preocupan por cada uno de los hombres y por su salvación personal.

La mitología, por tanto, no pertenece ya a la religión. Los poetas alejandrinos consideraban los himnos en honor a los dioses y las invocaciones a ellos como desafíos para demostrar la originalidad expresiva. Muestran con ello, al igual que los poetas romanos, la educación retórica de la época, que hacía de todo joven un erudito en cuestiones mitológicas, capaz de reconocer alusiones indirectas a cualquier héroe o dios griego y de apreciar la sutileza y el arte en la manera de utilizarlos.

Todo esto hace que se pierda el respeto a los dioses:

de la actitud reverente aunque irónica de Lucrecio respecto a las divinidades, se ha llegado a la ligereza de los elegíacos, que los humanizan y en ocasiones los mencionan con desenfado. Los mitos y la figura de los dioses no son, en tiempo de Augusto, más que argucias políticas usadas por los gobernantes para dominar al pueblo y afirmar la organización del principado, o bien motivos literarios de que todo poeta, especialmente si es elegíaco, se sirve para dar realce a su obra.

Sexto Propertio está inscrito en este mundo y sus elegías responden a este modo de ver la vida. Su obra gira alrededor del acontecimiento principal de su vida: el amor por Cintia; las descripciones de la realidad externa se dan en función de las circunstancias que envuelven esa pasión. Sus alabanzas a Augusto y a su política tienen también un motivo personal: él está protegido por Mecenas, a cuyo círculo pertenece y se siente agradecido a quien le permite realizar su obra.

Las elegías de Propertio, en mayor medida que las de los otros elegíacos, contienen una gran cantidad de alusiones mitológicas que no son, en modo alguno, religiosas. Incluso utiliza las primitivas ideas de la religión romana, pues avivan su imaginación, aunque no crea en presagios ni supersticiones. Cintia, sus amigos, él mismo y su sociedad están descritos teniendo como fondo un paisaje mitológico. Los dioses y héroes griegos están siempre presentes en su obra. Le sirven para localizar puntos geográficos, para hacer destacar una acción o un personaje o para dar relieve a ciertos pasajes.

A imitación de los alejandrinos, tiene elegías que son verdaderos himnos dedicados a algún dios. Otras veces un poema desarrolla un motivo mitológico completo, pero es más frecuente que las referencias a los dioses se encuentren tejidas en la misma tela que adorna el asunto de un poema.

Analise ahora de qué manera va interviniendo cada uno de los dioses en las elegías de Propertio.

JUPITER.

Júpiter, padre de los dioses y el más alto en el Olimpo, es el dios más poderoso y más fuerte, aunque de ninguna manera el ser supremo al que todo está sometido. Es el más ardoroso de los amantes, el tema más apropiado para ser cantado por los poetas y el dios protector de Roma como dominadora del mundo. Por lo tanto, es la figura ideal para hacer comparaciones, señalar la excelencia de determinadas acciones y hacer destacar los personajes.

Así pues, si Propertio confiesa, como lo hace también Ovidio (1), necesitar más de una amante, lo explica afirmando que la fuerza del amor es superior a todas las cosas y nadie ha podido vencer esa pasión que domina a hombres y dioses; el mismo Júpiter ha sido con frecuencia sometido a ella y las Músas, sentadas en las rocas, cantan los dulces hurtos que el dios realizó en antiguas épocas: por Semele ardió de amor, estuvo enloquecido por Io y, convertido en ave, voló sobre Troya para buscar a Ganimedes:

Illic aspicias scopulis haerere Sorores
et canere antiqui dulcia facta Iovis,
ut Semele est combustus, ut est deperditus Io,
denique ut ad Troias tecta volarit avis.
Quod si nemo exstat qui vicerit Alitis arma,
communis culpas cur reus unus ager?

(II, XXX, vv. 27-32) (2).

Y si, al igual que Júpiter, Propercio no puede satisfacerse con un solo amor, tampoco Cintia debe ser culpada por su inmoderación en el amor, puesto que ni siquiera Danae, encerrada por un muro de bronce, pudo negar sus favores al magno Jove, impulsada por su fuego amoroso. (II, XXXII, vv. 59-60).

Propercio afirma que los amantes no ven disminuidas sus fuerzas por el goce del amor y que se equivoca quien piensa que el excesivo amor puede debilitar y extenuar a quien ama; como ejemplos pone a Héctor y Aquiles, héroes famosos por su fuerza y valentía, pero su explicación principal radica en que, aun después de haber pasado dos noches con Alcmena, Júpiter pudo lanzar los rayos sin debilidad alguna:

Iuppiter Alcmenas geminas requieverat Arctos,
et caelum noctu bis sine rege fuit;
nec tamen idcirco languens ad fulmina venit:
nullus amor vires eripit ipse suas.

(II, XXIIa, vv. 25-28)

(3).

Júpiter le sirve al poeta como un recurso para hacer resaltar la belleza de Cintia, pues ella es semejante a las diosas y heroínas que han cautivado al dios con sus encantos; es digna de él en todo. Los antiguos raptos de Jove son desconocidos por Propercio (II, II, v.4), pues Cintia, por su belleza, debería haber sido ya raptada y haberse convertido en la primera romana que yaciera con él (II, III, vv.29-31). Como Propercio utiliza una comparación similar al describir a la mujer amada por Galo (I, XIII) y puesto que ha ya intentado disuadir a su amigo de tratar de conseguir el amor de Cintia,

que no puede traerle más que sufrimientos (I,V), es posible que se trate de la misma Cintia: ella es semejante a Leda, más adorable que las tres hijas de ésta, más dulce que las heroínas Ináquidas y capaz de ganar el amor de Júpiter con sus palabras:

Nec mirum, cum sit Iove digna et proxima Leda
et Leda partu gratior, una tribus;
illa sit Inachiis et blandior heroinis,
illa suis verbis cogat amare Jovem.

(I, XIII, vv. 29-32). (4).

Sin embargo, aunque Cintia merezca ser amada por Júpiter, Propercio afirma que ni siquiera a este dios podría soportar como rival, demostrando a un amigo con esto, cuán fuertes son sus celos y en qué forma lo hiere la infidelidad (II, XXXIV, 18) (5).

Cintia es entonces lo más importante para Propercio y su amor es lo único que le interesa. Este amor es tan poderoso que puede vencer incluso la cólera de Júpiter; a Propercio no le importa que el dios quemé el navío con sus rayos, - con tal que su amada permanezca a su lado en el naufragio (II, XVI, vv. 41-42). Aun la crítica no lo preocupa, pues la opinión de Cintia respecto a la poesía es tan valiosa que, si ella aprueba sus versos, no le interesa siquiera la enemistad del mismo Júpiter (II, XIII, vv. 11-16).

Naturalmente, sería improbable que el dios no aprobara los dichos del poeta, ya que Júpiter ha sido dado a conocer precisamente por los poetas y sería desconocido por todos

si no hubiera sido cantado por Homero (III, I, v. 27). Como la de Homero, también la obra de Propertio será conocida por la posteridad, aunque el tema sea diferente en cada poeta.

Propertio desearía complacer a Mecenas y relatar las gloriosas campañas de Augusto, pero su talento no es suficiente para cantar tales hazañas. Si pudiera, en obra tan excelsa como la de Homero, celebrar la lucha de Júpiter contra los gigantes (III, I, vv. 39-42), o las proezas de los titanes (Id. vv. 19-26), preferiría como tema las guerras de César y Mecenas. Es decir, Propertio identifica al dios supremo con el supremo gobernante de Roma, a Júpiter con Augusto. Esto resulta claro en la elegía dedicada al triunfo sobre Egipto (III, XI): Cleopatra quiso oponer el sagrado perro Anubis al Júpiter romano, Augusto; un dios, Quirino, fundó Roma y un dios, Augusto, la protege; mientras César sea salvo, la urbe, si acaso, teme a Júpiter (III, XI, vv. 41 y 65-66). En la batalla de Accio, finalmente, las velas de Augusto fueron impulsadas bajo el presagio victorioso de Jove (IV, VI, vv. 23-24).

Llega incluso a utilizar esta identificación en provecho propio y contra uno de los deseos del príncipe: Júpiter no sería capaz de separar a dos amantes y, de la misma manera, la ley que Augusto promulga contra el calibate, no podrá terminar con el amor de Propertio por Cintia; el príncipe se conpadecerá de amantes tan unidos y tendrá que abrogar la ley — (II, VII, vv. 3-6).

Otro aspecto de Júpiter que Propertio presenta, se aparta de la tradición elegíaca romana. Para Tibulo y para Ovidio, Júpiter no escucha los juramentos de amor y, si lo hace, los encomienda a los vientos para que los dispersen; por

tante, un juramento falso es válido entre amantes y los perjuros son perdonados con facilidad por el dios que tantas veces juró fidelidad a Juno por la laguna Estigia. (6). Para Propercio, en cambio, Júpiter es un dios vengador que castiga a los perjuros: Cántica y toda mujer que traicione un voto de amor por dinero, debe temer el rayo que Júpiter enviará desde el cielo; este dios sabe lo que significa llorar por una decepción (7) y se apresura a castigar a quienes causan el mismo dolor:

non semper placidas periuros ridet amantis
Iuppiter et surda neglegit aure preces.
vidistis toto sonitus percurrere caelo,
fulminaque aethera desiluisse demo:
non haec Pleiadas faciunt neque aequus Orion,
nec sic de nihilo fulminis ira cadit;
periuras tunc ille solet punire puellas,
deceptus quoniam flevit et ipse deus.

(II, XVI, vv. 47-54)
(8)

Tarpeya sufrirá también el castigo de Júpiter, pero ella ha cometido un perjurio mayor: Ha traicionado los votos hechos a Vesta y por ende, a su ciudad. Júpiter no puede escuchar sus palabras de amor a Tacio (IV, IV, 30 y 85-86) y Tarpeya será castigada no solo por el dios vengador del perjurio, sino también y con mayor razón, por el dios protector de Roma, el dios a quien pertenece esta ciudad (IV, IV, v.10). Y de la misma manera, Caco ofende a Júpiter por sus constantes robos en Italia (IV, IX, v.8).

Júpiter estuvo presente desde los primeros tiempos de

Roma. Con el nombre de Júpiter Tarpeyo habitaba en ella cuando la ciudad no tenía aún templos donde pudiera venerarlo; los rayos agoreros eran lanzados por él desde la desnuda roca (IV, I, v. 7). Ahora preside la urbe y con el nombre de Júpiter Feretrio ha recibido en su templo las ofrendas (spolia opima) — que sus caudillos más distinguidos han arrebatado a los jefes enemigos en combate singular. Tres han sido las ofrendas llevadas ante él: Rómulo le entregó la armadura de Acrón de Cenina; Ceso llevó la del jefe ~~vejestor~~ Calurnio y, por último, — Claudio colocó ahí la de Viridomar. Proporcio supone que el — nombre de Feretrio le ha sido dado al dios, y sea por que — los jefes han llevado (ferre) hasta él sus despojos, o porque los han conseguido hiriendo (ferire) a los caudillos enemigos (IV, X).

En la obra de Proporcio son mencionados otros templos dedicados a Júpiter. El poeta señala el que se encontraba en el Capitolio y que fué salvado por los gansos (III, — III, v. 12). Fuera de Roma, menciona el templo erigido a Júpiter en Elis que, a pesar de su belleza, no durará tanto como la obra del poeta (III, II, v. 20); menciona también en África, la caverna de un oráculo de Júpiter (IV, I, v. 103).

Proporcio se dirige a Júpiter de diferentes maneras, según el ruego que le haga.

A Júpiter como amante le reprocha el hecho de que no quiera escuchar a la desdichada Antiope, esclavizada por Dirce y que no podía recurrir a nadie más que a su antiguo amante y padre de sus hijos, Júpiter (III, XV, vv. 19-20).

A Júpiter Magno pide que proteja a Cintia cuando está enferma y le ruega que la salve de la muerte:

Iuppiter, affectae tandem miserere puella:

tam fermosa tuum mortua crimen erit.

(II, XXVIII, vv. 1-2)
(9)

scribam ego "per magnus est salva puella Iovem!

ante tuosque pedes illa ipsa operata sedebit,

narrabitque sedens longa pericla sua."

(Id., vv. 44-46)
(10)

Cintia, digna de ser amante de Júpiter, puede ser auxiliada al igual que Antiope, que había sido verdadera amante del dios.

Pero Júpiter no ha escuchado al poeta; ha sido sordo a sus ruegos para que le conserve el amor de Cintia; por tanto, al despedirse de Cintia y de su amor, se despide también de Júpiter; no recurrirá más a él. En adelante, su diosa máxima, a quien elevará sus plegarias, será la Razón, Mens Bona:

Mens Bona, si qua dea es, tua me in sacra dona!

Exciderant surdo tot mea vota Iovi.

(III, XXX, vv. 19-20)
(11)

VENUS.

Propertio es un poeta amoroso; el tema principal de sus elegías es Cintia, su amada. Por tanto, su diosa preferida será Venus, como lo es para los otros elegíacos romanos. Venus es la personificación del placer sexual, la compañera asidua de los amantes junto con su travieso hijo Cupido, la diosa que representa el ideal de la belleza y del amor. Pero es también, de manera muy conveniente para una época que necesita afirmar la grandesa de Roma, la madre de Eneas y con él, la fundadora de la ciudad de las siete colinas.

La mayor parte de las veces en que Venus se menciona, es únicamente como una representación del sexo. Así, las amargas noches que el amante ha pasado sin el amor de Cintia han sido forjadas por la diosa (I, I, vv. 33-34). Acantis, la lena, aconseja a una muchacha que si su amante no le paga, encuentre pretextos para negar la prometida Venus (IV, V, vv. 33-34). No se necesitan muchas condiciones para lograr ese placer: Venus no agobia a los amantes ni éstos deben esforzarse para alabarla (II, XXII, v.22). En cualquier lugar se halla a Venus: Cintia y Propertio, al tibiar con sus mantos los caminos, la encontraban con frecuencia en las callejuelas (IV, VII, 19-20), pero, según Propertio, la obscuridad puede ser perjudicial para conseguirla y no hay placer en buscar a Venus sin luz:

non iuvat in caeco Venerem corrumpere metu:
si nascis, oculi sunt in amore duces.

(II, XV, vv. 11-12)

(12).

Propertio nos presenta en su obra la idea de que el placer sexual es un favor de Venus; que esta diosa no sea propicia para Ponto es el peor deseo que el poeta puede lanzar contra el odiado rival que ha osado abandonar a Cintia (II, XXI, vv. 1-2). Cuando la cohesa Cintia teme que Propertio tenga una nueva amante, envía al poeta un mensaje con su esclavo: sus sueños le han prometido un castigo y Venus dormirá impasible en las noches que pasan juntos Propertio y su amante; la araña, como consecuencia, podrá tejer su tela sobre el lecho vacío (III, VI, v.34).

Venus, personificación de los ardores sexuales, es vencida por Baco, personificación a su vez del vino y de la embriaguez; el dios trácico puede sanar las heridas causadas por la diosa ya que el vino es remedio de las preocupaciones del amor y, si bien puede separar a los amantes, es capaz, sin embargo, de volverlos a unir (III, XVII, vv. 3-4).

Tema común de la elegía romana es el valor del amor en sí mismo y su superioridad sobre las riquezas. La codicia que todos sienten en Roma será la ruina de la ciudad (III, XIII) y las mujeres, entusiasmadas por las lujosas rarezas traídas de tierras exóticas, quieren obtenerlas por medio de las noches pagadas, siendo Venus un daño para los recursos exhaustos (III, XIII, v.2). Por eso, los poetas intentan que sus avidae puellae

queden convencidas de que los versos, reflejo del amor que ellas inspiran y comparten, son regalos suficientes en pago del amor. (13). Propertio nos dice que sin Venus las recompensas no tienen valor; la pasión que la diosa representa es tan poderosa que puede destrozarse las fuerzas de los héroes y llegar hasta los territorios árabes, causando dolor a las mentes crueles para el amante; a Venus no le interesan las riquezas y puede acudir igualmente al lecho de púrpura que al del joven pobre, sin que las proverbiales riquezas de Alcínoo la atraigan: (I, IV, vv. 16-24):

nulla mihi tristi praemia sint Venere!
illa potest magnas heroum infringere vires,
illa etiam duris mentibus esse dolor:
illa neque Arabium metuit transcendere limen
nec timet estrino, Tulle, subire toro,,
et miserum toto iuvenem versare cubili:
quid relevant variis serica textilibus?
quae mihi dum placata aderat, non ulla verebor
regna vel Alcinoi numera desplicere.

(I, XIV, 16-24).

(14).

Venus fue la diosa a quien el pastor Paris adjudicó la manzana para la más hermosa de las inmortales en la cina del Ida (II, II, vv. 13-14); y como diosa de la belleza es mencionada por Propertio, especialmente para señalar la belleza de Cintia, semejante a Venus. La amada de Propertio, rubia y esbelta (II, II), tiene todas las perfecciones que Venus aprueba (I, II, 30): hermosos cabellos dorados (15) y brillantes

ojos; su piel, blanca como la nieve o los lirios, tiene tena-
lidades rosadas, como pétalos de rosa que nadaran en leche (II,
III, vv. 10-12); es bella en el andar, de dulce habla y doc-
ta para el canto y el baile. Pero siempre ha sido peligroso
para los mortales intentar parecerse a los dioses. Venus es
una diosa celosa y su belleza no debe ser puesta en parangón
con ninguna otra (16). Cintia ha estado comparando a ella y Ve-
mus se ha enojado, siendo probablemente ésta la causa de la
enfermedad que aflige a la joven:

num sibi collatam deluit Venus? Illa peraeque
prae se formosis invidiosa dea est.

(II, XXVIII, vv. 9-10).

(17).

Venus, la diosa del amor, protege a los amantes y
los acompaña en sus correrías nocturnas para que no sufran da-
ño alguno (III, XVI, v.20). Ellos son seres privilegiados, va-
lientes y osados, que con el cortejo de Venus y Cupido no te-
nen los peligros que acechan a los hombres y pueden acudir
tranquilos en busca de su amada, (18).

Los poetas elegíacos romanos, en un intento por dig-
nificar su inclinación al placer y su dedicación casi exclusi-
va a la persecución del amor, comparan la vida del amante que
ellos llevan, con la vida del soldado, que deberían llevar.
Ya Cicerón había afirmado la preeminencia de las actividades
militares sobre las actividades pacíficas y sin peligro de
los juristas en su discurso Pro Murena (19); los elegíacos,
siguiendo la comparación que entre ambos establece el famoso

orador, equiparan sus afanes a los que sufren los soldados en campaña. Los juegos y escaramuzas eróticas y las querellas con sus amantes son los combates que se entablan en esta dulce guerra; se celebran triunfos y se llevan ofrendas y cautivos en procesión, sólo que dichos triunfos conmemoran una noche de amor o la conquista de una dura puella y en el cortejo figuran amercillos, jóvenes ardientes y doncellas hermosas, mientras que las ofrendas son las tablillas venturosas o los versos del amante. Si excelsos poemas épicos se han escrito en recuerdo de grandes hazañas guerreras, en recuerdo de la belleza de la amada o del placer recibido se escribirán también hermosas elegías (II, I, vv. 13-14). Venus y Cupido son al mismo tiempo los generales del ejército de los amantes y los dioses a quienes deben su victoria.

Propercio llama al amor milicia de Venus; él ha sido destinado a sufrir el servicio bajo las armas blandas de la diosa y debe ser un útil enemigo a los hijos de Venus:

militiam Veneris blandis patiere sub armis,
et Veneris pueris utilis hostis eris.

(IV, I, vv. 137-138).

(20).

No ha nacido para las armas, ya que los hades han querido que sufra esta milicia:

non ego sum laudi, non natus idoneus armis:
hanc me militiam fata subire velunt.

(I, VI, vv. 29-30). (21).

Venus incita a los amantes a empuñar las dulces armas (III, XX, v.20). De la sangre de Propercio no podrá nacer un solda-

do, pues sus verdaderos campamentos son los de su Cintia (II, VII, vv. 14-15) y la gloria que en ellos ha obtenido le basta. Cada hombre tiene una esfera de que habla y en la que desarrolla su vida: el soldado cuenta las heridas recibidas en la guerra y el amante, que entabló combates en el angosto lecho, — cantará sobre ellos (II, I, vv. 43-46).

Así como los generales victoriosos llevan su botín — en triunfo a los templos, el poeta llevará sus versos y su — ofrenda ante la columna de la diosa Citera, dedicando todo — su canto a ella, pues para él una noche pasada con Cintia es una conquista aún más importante que la victoria sobre los — Partos y merece ese triunfo:

Haec mihi devictis petier victoria Parthis;
haec spolia, haec reges, haec mihi currus erunt.
magna ego dona tua figam, Cytherea, columna,
taleque sub nostro nomine carmen erit:
"Has pene ante tuas tibi, Diva, Propercius aedis
exuvias, tota nocte receptus auans".

(II, XIV, vv. 23-28)
(22)

Propercio menciona, en relación a Venus, el mito que relata su pasión por Marte (notior in caelo fabula nulla fuit) (23) utilizándolo como prueba para demostrar que el amor nunca ha sido un crimen, puesto que aun una diosa fue arrastrada por la pasión sin que por ello fuera menos honorable en el — cielo, y así como Helena fue recibida por Menelao sin ser culpada, la honra de Cintia no debería ser disminuida por faltas parecidas (II, XXII, vv. 33-34).

Para recordar a Cintia que ella llorará cuando Propercio haya muerto, relata cómo Venus acudió, con la cabellera esparcida, al lugar donde el cruel jabalí hirió a su níveo Adonis (II, XIIIb, vv. 53-56).

En sus invocaciones se dirige a Venus como diosa del amor, cuando le suplica que también su rival sufra penas de amor (III, IV, vv. 19-20). La llama reina y le ofrece una paloma atada (24), en señal de agradecimiento por la muerte de la lena que estorbaba con sus consejos el amor de Propercio y una muchacha, probablemente Cintia (IV, V, vv. 65-66).

Sin embargo, esta diosa ligera de los amantes se convierte en venerable al ser tratada por Propercio como diosa romana. Venus es la madre de Eneas (25) y como tal, hará que el descendiente del troyano, Augusto, viva para siempre (III, IV, 20). Sila ha llevado las armas vencedoras de Roma, la resurgida Troya, en ayuda de César (IV, I, vv. 46-47):

vexit et ipsa sui Caesaris arma Venus,
arma resurgentis portans victricia Troiae:

(IV, I, vv. 46-47).

(26).

Venus es entonces la protectora del pueblo romano y a ella suplica el poeta que esa prole suya sea conservada (III, IV, v.19).

En esta forma, Propercio eleva el rango de Venus para hacerla diosa estatal. yLa Venus cortesana se transforma en una Venus respetable, patriota, aliada de Augusto e, incluso, en una diosa familiar: ella, que aviva la antorcha en las bodas, es la diosa del himeneo y tiene esta advocación tanto por

ser diosa del amor, puesto que el amor conyugal es mayor que los otros amores, como por ser diosa protectora de la ma romana que el matrimonio debe preservar (IV, III, vv. 49-50).

Si Venus es la personificación del amor sexual, el Amor, Cupido, lo es del hecho de enamorarse, del sentimiento del amor. Generalmente, entonces, y como conviene a una madre y su hijo, en la obra de Propertio se encuentran reunidos Venus y el Amor.

Cupido es un diosecillo convencional ya para todos los poetas elegíacos. El Eros impersonal de Homero, el Eros cósmico de Hesíodo y filosófico de Platón, esa fuerza que une a los seres y que propicia la vida, se había convertido para los alejandrinos en un alegre motivo ornamental; se ha rejuvenecido aún más que en Anacreonte y se representa como un niño pequeño y travieso; le han crecido alas y ha recogido arco y flechas. Todos estos símbolos son muy utilizados por los elegíacos romanos (27).

La figura de Cupido está claramente definida a lo largo de las elegías de Propertio; es probablemente el dios a quien Propertio describe con mayor detalle: el Amor es un blanco niño alado (II, III, v. 23), (I, VII, v. 15), que va sin ropas (I, II, v.8) y armado con arco y flechas (II, XXX, v. 31). A veces se presenta multiplicado: son los niños de Venus, los amorcillos que siguen y molestan al amante (II, XXIX), (II, IX, v. 38), (III, I, v. 11).

Al pequeño dios no le interesan los adornos, las riquezas o la nobleza (I, V, v. 24), (I, XIV, v.8); por eso lo

representa desnudo; es cruel y exigente con los amantes (I, I, v. 17), (I, III, 14), (I, VI, 23), (I, IX, 21), (II, XXXIV, 5) y sus armas lo indican. Las alas recuerdan su ligereza y volubilidad (II, XVIII, vv. 21-22), (I, XIX, v.22). Como es un niño, es tranquilo y pacífico (III, V, v.1); ama los cantos suaves (I? IX, 12) y los juegos y disfruta aun con las lágrimas del amante si su amada está presente (I, XII, 16):

Quicumque ille fuit, puerum qui pinxit Amorem,
nonne putas miras hunc habuisse manus?
Is primum vidit sine sensu vivere amantis,
et levibus curis magna perire bona.
Idem non frustra ventosas addidit alas,
fecit et humane corde volare deum:
scilicet alterna quoniam iactamur in unda,
nostraque non ullis permanet aura locis.
et merito hamatis manus est armata sagittis,
et pharetra ex unero Cnosia utroque iacet:
ante ferit quoniam tuti cernimus hostem,
nec quisquam ex ille vulnere sanus abit.
in me tela manent, manet et puerilis imago:
sed certe pennas perdidit ille suas;
evolat heu nostro quoniam de pectore nusquam,
assiduosque meo sanguine bella gerit.

(II, XII, vv. 1-16) (28).

Este tierno niño, sin embargo, no representa un sentimiento digno y noble, pues el Amor impide que el poeta realice obras mayores, poemas con un motivo patriótico e guerrero, obligando al amante a sobrellevar una esclavitud pesada, sin esperanzas de redención.

APOLO Y BACO.

El conductor de las Musas y el dios que dirige las danzas de las bacantes, a pesar de ser dioses opuestos en el culto tradicional, se encuentran unidos en los poemas elegiacos, por representar ambos ciertas formas de la poesía y ser impulsores y protectores de los poetas. Tanto Apolo como Baco, jóvenes y bellos los dos (29), son inspiradores y como tales se presentan en la obra de Propertio. Sin embargo, Apolo es también el dios del sol y un dios guerrero protector de los romanos, a quienes ayuda como en otro tiempo defendió a los antepasados de ellos, los troyanos; y Baco es, sobre todo, el dios que descubrió la vid y que con su vino alegra los pechos humanos (30).

Apolo, inspirador habitual de la poesía y Baco, impulsor de grandes exaltaciones, son los dioses que acompañan al poeta, haciendo que una multitud de doncellas admire su canto (III, II, vv. 9-10). Su tumba no será desconocida y la gloria de su obra habrá de ser eterna pues el dios Licio ha oído sus plegarias (III, I, vv. 37-38). Baco preside los festines donde es común cantar nuevos poemas y bailar al compás de la música; estas dos actividades, que el poeta alabará con gusto porque se realizan en tiempo de paz, son propias de Apolo, que con la cítara conduce los coros y, por tanto, Baco en los banquetes suele ser fértil para la poesía de Bebo (IV, VI, vv. 69-76).

La recompensa que el poeta espera es una corona de la hiedra de Baco que le será concedida por su canto (31) (IV, I, v. 62) y, en los lugares agrestes que Baco ama, donde Propertio desearía vivir con Cintia, espera poder contemplarlo, mientras el dios dirige las danzas con el tirso, coronado con uvas dadas por el mismo dios (II, XXX, vv. 37-39). Por otro lado, el hecho de que Cintia, la única, sea suya, lo ve también como una recompensa que Apolo da al poeta que ama y que puede, por ello, proclamar la existencia y la solicitud de Apolo y de las Musas para con él:

sunt igitur Musae, neque amanti tardus Apollo,
quis ego fretus amo: Cynthia rara mea est;

(I, VIII, v. 41-42). (32).

Aunque el poeta afirma, y su obra lo demuestra, que la única Musa que lo inspira es Cintia y que es su amada y no Apolo ni Calíope quien forma su ingenio (II, I, vv. 3-4), dedica una elegía al dios a quien tradicionalmente deben su inspiración los poetas líricos, porque le ha dado el tema que debe cantar; como Ovidio (33), Propertio pensaba cantar hazañas épicas, al estilo del viejo Enio, pero Apolo lo observó y, apareciéndose ante él con la dorada lira en la mano, le ordenó buscar la fama y aplicar su ingenio a versos que fueran suaves y leves como las mismas muchachas a quienes estarán destinados, ya que no tiene fuerzas para cantar cosas mayores. Para que esta orden divina tuviera aún más peso, el mismo dios conduce a Propertio a la caverna de las Musas, donde Calíope, rociándolo con el agua de Filetas, le señala los temas que contendrán sus ligeros versos; no han de ser batallas, sino amantes, y no conquistas, sino el arte de engañar maridos; (III, - III, vv. 13-52).

Febo, el dios de la música y de la poesía, ha dado a Cintia sus cantos y su constante compañera, Calíope, la suave Musa de la elegía, le ha prestado su lira Aonia para que se acompañe al entonarlos (I, II, vv. 27-28). Tanto merecen la voz y las palabras de la amante, en opinión del enamorado Propercio.

El aspecto primario de Apolo-Febo como dios solar se presenta también en la obra de Propercio. El dios que ilumina la tierra y ve todo lo que en ella acontece es, para él, testigo de la relativa pureza de las manos de Cintia y puede liberarla de culpa (II, XXXII, vv. 27-28). Como dios del sol lo menciona también cuando le recuerda que no debe ocultarse ni temblar ante los manjares de Ausonia, como lo hizo al ver el terrible banquete de Atreo:

nec tremis Ausonias, Phoebé fugate, dapes,

(III, XXII, v. 30)

(31a)

Febo, el sol, alarga los días estivales y Propercio puede rogarle que por una vez, actúe de manera contraria y acorte el camino de su luz para que la noche de amor que pasará con — Cintia, pueda durar mucho tiempo, si la Luna, a su vez, consiente en demorarse el mismo tiempo que su hermano se apresure (III, XX, vv. 11-14).

Como amante (32a), Febo sólo es mencionado como el — dios que luchó contra Idas por la bella Marpesa; el poeta utiliza esta referencia para resaltar que la hija de Eveno no necesitó de adorno alguno para inflamar con sus encantos al — dios, así como Cintia no necesita cosméticos o lujos para con

quistar a un servidor de Apolo (I, II, vv. 17-18).

Propertio presenta también a Apolo como un dios guerrero y aliado de los romanos; Febo alentó y ayudó a Augusto en la batalla de Accio, cuando acudió a la nave capitana para incitarlo a luchar bajo sus armas y para prometer la victoria a la flota que defendía la patria, sobre una armada que obedecía a una mujer. El aspecto del dios ese día no era el del dios - poeta que lleva la cabellera suelta sobre el cuello y sostiene la lira en sus manos; al contrario, apareció como - cuando llenó el campo dorado de piras, airado contra Agamenón; como cuando mató al Pitón; cargado de armas y tan terrible - que las débiles Musas le temen:

non ille attulerat crinis in colla solutos
aut testudineae carmen inerne lyrae,
sed quali aspexit Pelopeum Agamemnona vultu,
egessitque avidis Dericæ castra regis,
aut qualis flexes solvit Pythona per orbis
serpentem, inbellis quem timere lyrae.

(IV, IV, vv. 31-36)

(33)

sin embargo, después de la batalla, al igual que Augusto, Apolo ha vuelto a ser un dios pacífico que quiere ver florecer la cultura bajo su dirección (IV, VI, vv. 69-76). En recuerdo de esta decisiva victoria naval y en honor a Apolo que la hizo posible, se erigió en el Palatino un templo (IV, I, vv. 3-4), que Propertio describe (34), destacando en esa pintura la imagen de Apolo: en medio del templo se ve un dios de mármol, - quizá más bello aún que el verdadero Febo, preparándose a cantar con el plectro en la mano; viste una larga túnica y está colocado entre su madre y su hermana, rodeado por atributos - propios de su leyenda; los carros del sol en el frontón, la -

afligida Niobe y los Gales en las puertas de marfil (III,XXXI)

Es posible que sea un signo del círculo en que Propertio se movía el que no se encuentre en su obra la figura de Apolo como augur y adivino. El poeta, a diferencia de Tibulo (35), no cree en hechicerías ni sortilegios y ni siquiera en profecías. Su obra y su vida pertenecen al presente y a los hechos reales y visibles.

Apolo es entonces un dios civilizado con muchas facetas. Baco, en cambio, es la personificación del vino y de la embriaguez producida por éste. Un poeta amoroso y cartesano como Propertio alaba el vino que suele acompañar al amor: el ardor del amor es semejante al de Liber y ambas son diosas crueles que impulsan con vehemencia a los amantes (I, III, vv. 13-14). Por Baco los amantes pueden reunirse, pero también por Baco pueden separarse (III, XVII, v.5); el vino es perjudicial para la hermosura, para la juventud y para el amor, como lo prueban los desdichados que por su culpa perecieron, aunque Cintia, como en todo, sea privilegiada y Lyco no pueda cambiar su belleza. (II, XXXIII, vv. 29-34)

Sin embargo, el vino es también remedio de las penas y alivio de los ardores del amor. Este tema, tratado por los otros poetas elegíacos (36), es desarrollado por Propertio en su alabanza a Baco como vencedor de Venus. El poeta le ruega que calme su mente enfebrecida y dé reposo a sus cansados huesos con el don maravilloso de su vino. Ariadna, convertida en estrella, conoce la habilidad que Baco posee para consolar las desdichas; si el dios puede hacer lo mismo por Propertio, amante desafiado y solitario, éste se convertirá en su adorador y, mientras cultiva las vides descubiertas por Baco, contará su historia. Sus temas serán el parto materno provocado

por el rayo de Júpiter; sus andanzas en la India; sus terribles venganzas contra Licurgo y Pentee; y su castigo a los marinos convertidos por él en delfines. En Naxos y en Tebas es alabado Baco, va rodeado de bacantes y su cortejo es acompañado por tambores, por las flautas de Pan y por los címbales de Cibele; el dios tiene la cabellera cubierta con la mitra lídia y el blanco cuello adornado con racimos de hiedra; está perfumado con aceite y lleva los pies desnudos bajo la flotante túnica. Si con el sueño de la embriaguez es liberada su alma de la ansiedad, el poeta cantará todo este con el ceterne trágico y con el aliento de Píndaro:

candida luxatis onerate colla corymbis
cinget Bassaricas Lydia mitra comas,
levis odorate cervix manabit olivo,*
et feries nudos veste fluente pedes.

(III, XVII, vv. 29-32)
(37)

La acción civilizadora del dios tebano no es tratada por Propertio más que en forma indirecta, al aludir a su relación con la poesía, con la danza, y con Apolo (38).

OTROS DIOSES.

En la obra de Propertio hay referencias a otros dioses olímpicos, pero son sólo incidentales y sus figuras son utilizadas nada más como una forma de comparar la belleza de Cintia y el ardor en el amor, o como simples motivos decorativos y descriptivos, llegando a ser en ocasiones convenciones literarias comunes.

Juno, la hermana de Júpiter, aparece como una diosa digna y respetable, que no tiene mucho que ver con los temas ligeros y atrevidos de un poeta elegíaco, aunque Cintia se parece a la diosa en su caminar (II, II, v.6).

Con ironía recuerda Propertio que Cintia llevaba -- ofrendas al santuario de Juno Sospita en Lanuvio, no porque -- fuera atraída por el culto de la diosa del matrimonio y protectora de la fidelidad, sino para dirigir sus ruegos a Venus y encontrar ocasiones de disfrutar sus placeres en ese lugar:

hic mea detonsis aucta est Cynthia mannis;

causa fuit Iuno, sed nage causa Venus.

(IV, VIII, vv.15-16)

(39)

El amante aconseja a Cintia que, como una esposa, siga los dulces preceptos de amor y fidelidad que Juno predica y le advierte que, de no seguirlos, será dañada (II, V, vv. 17-18).

Juno es una diosa vengativa y celosa, que ha castigado a todas las amantes de su infiel esposo. Se ensañó con Hércules recordando a Alcmena, pero finalmente tuvo que perdonarlo y favorecerlo, para que pudiera alcanzar el rango de inmor

tal, sanctus pater:

Sancte pater salve, cui iam favet aspera Iuno:

(IV, IX, v. 71). (40).

Infligió a la desdichada Ió el tormento de verse convertida en ternera y perseguida por el tábano (II, XXXIII, vv. 9-10). Propercio piensa que es probable que Juno haya entonces castigado a Cintia con la enfermedad, no por ser amante de Júpiter, sino por haberse atrevido a compararse en belleza con las divinidades y a desdeñar los templos de la diosa pelasga (II, XXVIII, v.11). Sin embargo, Juno es igualmente una diosa compasiva que, a pesar de sus constantes celos, perdonaría a Júpiter el que se interesara por la salvación de la moribunda joven y que lloraría si ella pereciera (II, XXVIII, vv. 33-34). Esta diosa compasiva, aun como amarga madrastra del Alcida, no cerraría las aguas al héroe, si éste tuviera sed (IV, IX, vv. 43-44).

La figura de Minerva tiene aspectos similares a la de Juno en la obra de Propercio; la diosa virgen tampoco es muy aceptada en la obra de un poeta que adora a Venus. Sin embargo, Cintia es semejante a Minerva en el andar y tiene el mismo porte de Pallas cuando ésta camina hacia los altares Duliquios llevando en el pecho la cabellera de la Gorgona (II, II, vv. 6-8).

Cintia, la mujer con todas las cualidades que Propercio pide en quien ama, posee también las gracias y artes que Minerva aprueba (I, I, v.30), (III, XX, v.7): por un lado, la sabiduría y, por otro, la habilidad en las labores manuales, ya que el tejido es el trabajo amado por la casta diosa (II,

IX, vv. 5-6), (IV, V, v. 23). (41).

Al igual que Juno y Venus, Minerva es una diosa vengativa y la enfermedad que aflige a Cintia pudo haber sido causada por ella, queriendo dañar a la joven que osó despreciar sus ojos (II, XXVIII, 12).

Menciona dos mitos relacionados con esta diosa: al hablar de la flauta que debe sonar en los banquetes, recuerda que flotó en el Meandro, arrojada por Minerva al verse afeada por ella:

Mic locus est in quo, tibia docta, sones,
quae non iure vado Maeandri iacta natasti,
turpia cum faceret Palladis ora tumor.

(II, XXX, vv. 16-18). (42).

Cuando la mujer sacerdotisa niega a Hércules el agua de la fuente donde se celebran los misterios de la Bona Dea, provocando con esto la ira del sediento héroe y la prohibición para las mujeres de acercarse al Ara Máxima, alude, como una advertencia, a la desgracia del ciego Tiresias cuando involuntariamente vio a Palas lavando sus fuertes miembros despojada de las vestiduras sobre las que se encuentra la Gorgona (IV, IX, v. 57).

Neptuno tampoco aparece en la elegía romana con frecuencia, porque los poetas hacen alarde de temer las olas traicioneras del mar y preferir la vida segura de tierra firme, aunque carezca de las riquezas que los mercaderes pueden obtener. Propertius presenta a Neptuno bajo dos aspectos: como el dios del mar, que envía las tempestades y que protege las naves o causa los naufragios, y como un dios amante y ardoroso.

Cuando sueña que Cintia se ahoga, su ruego se dirige a Neptuno para que la salve (II, XXVI, v.9), pero también pide al dios que su rival naufrague en el viaje que lo trae de regreso a Cintia y le recuerda los valiosos regalos que le daría si se lo hubiera concedido (II, XVI, vv. 3-4). Reprocha a Neptuno y al funesto Aquilón que hayan permitido el naufragio de la nave de Peto, que se enfrentó a los peligros por amor al dinero, y les pregunta cuál pudo haber sido la ganancia que obtuvieran de esa pérdida, aunque en seguida, niega que el mar pueda tener dioses, pues tendrían piedad de la angustia del joven Peto (III, VII, vv. 13-18).

Compara la forma en que el amor empujó al dios Ténario cuando conquistó a la hija de Salmoneo, con el ardor de Galeo y su amada (I, XIII, vv. 21-22). Proporcio piensa que este dios no puede ser cruel con los amantes, aunque se encuentren en medio de las olas del mar, ya que una vez él también lo fue, semejante a su hermano Jove en la pasión, cuando el abrazo de Amimóné, testigo de esa pasión, fue pagado con las aguas que hizo brotar de la urna dorada (II, XXVI, vv. 45-50).

A Mercurio sólo lo nombra al comparar la belleza de Cintia con la de Erimo (43), que sedujo al dios y se unió a él al pie del Ossa (II, II, 12), y al mencionar que ni siquiera llevando las alas de este dios y siguiendo sus altos caminos, es posible huir del amor (II, XXX, vv. 5-6).

Proporcio no se inclina a alabar a los dioses campesinos como lo hace Tibulo. Pan es mencionado con más intensidad en relación con las flautas de las que es inventor (III,

III, v. 30), (III, XVII, v. 34), que como habitante de los lugares agrestes (I, XVIII, v.20), (III, v.43-46). De Diana hay pocas referencias en su obra; la trata con respeto hablando de las selvas donde la diosa cazadora habita (II, XIX, v. 17-18))y de las ofrendas que Cintia debe llevar a la diosa dispensadora de salud, al haberla salvado de la enfermedad (II, XXVIII, vv, 59-60). Sin embargo, habla de cómo la hermana de Febo fue cautivada por la belleza desnuda de Endimión (II, XV, vv. 15-16) y de cómo Cintia se vale, como un pretexto más, de las procesiones con antorchas en honor a la diosa Trivia para entregarse a amores con otros hombres (II, XXXII, vv. 9-11).

Las actividades guerreras no son el tema del poeta; ni sus antepasados ni él mismo tienen el triunfo debido a Marte (II, XXXIV, vv. 55-56). Por tanto, Marte no ha de ser alabado en sus versos, ya que él es el cruel dios de la guerra, que representa la sangre y el terror (III, III, v. 42), (III, XI, v.58). Prefiere aludir a Marte como el amante de Venus o como Mars Pater, protector de Roma, la ciudad fundada por su hijo. Al implorarlo así, Propertio se dirige también a Vesta, (III, IV, v. 11-18), a quien presenta como una diosa romana por completo, que fue venerada en la urbe desde los inicios de ésta (IV, I, vv. 21-22), cuando asnillos cercados y flacos bueyes llevaban a su santuario cosas sagradas sin valor monetario alguno. Sus sacerdotisas deben ser castas como lo es la diosa; ella protege a las Vestales e hizo surgir otra vez la eterna llama de las vestiduras de la acusada de haber dejado apagar el fuego sagrado (IV, XI, vv. 53-54); pero castiga

a quienes son indignas de su servicio, como lo hizo con Tarpeya, dispuesta por amor a traicionar, no sólo sus votos de castidad, sino a la ciudad protegida por la flama de Vesta:

nam Vesta, Iliacae felix tutela favillae,
culpam alit et plures condit in essa facies.

(IV, IV, vv. 69-70)

(44).

VERTUMNO.

El libro IV de las elegías de Propertio no tiene como tema a Cintia como los tres primeros. Incluso las dos elegías que hablan de ella: la VII, donde su fantasma visita al poeta, y la VIII, donde se recuerda una pelea de los amantes, tienen mezclada la nueva preocupación de la obra del vate: explicar los orígenes de los antiguos cultos de Roma, como un medio de glorificar la urbe y alentar las costumbres que hicieron grande al pueblo romano.

La elegía IX a Júpiter Feretrius, la X a Hércules como fundador del Ara Máxima y la II a Vertumno, son los ejemplos más representativos de esta tendencia de Propertio.

Vertumno es un dios romano, de origen etrusco, que protege las cosechas y los huertos a lo largo de las estaciones del año y que es esposo de Pomona, la diosa de las frutas. (45). A Propertio sólo le interesa averiguar el origen de su nombre, pero en las diferentes interpretaciones de la etimología de Vertumno (de verte-cambiar), describe las atribuciones y el culto del dios.

Una de las razones que se dan para explicar su nombre es que por él fue cambiado el curso del río Tiber. Otra explicación es que el dios recibe las primicias del año cuando cambia, es decir, en cada estación. Pero la explicación más acertada es que Vertumno ha recibido su nombre del hecho de que puede adoptar cualquier figura (46), siendo siempre bello:

puede parecer una joven liviana vestido con seda de Ces, un ciudadano romano con la toga, un segador con la hoz en la mano o un soldado alabado por las armas. Puede disfrazarse de Baco, si la mitra ciñe su cabeza o de Febe, si toma un plectro en la mano. Puede parecer un auriga, un humilde pescador, un pastor o un orgulloso mercader.

Que un dios etrusco sea venerado con lo mejor de huertos y jardines por los romanos se explica, en opinión de Propertio, porque los toscanos ayudaron a Roma en otro tiempo a vencer a los sabinos, mientras Vertumno observaba la batalla. Ahora el dios, aunque no ha dejado de amar a su antiguo pueblo, prefiere vivir en Roma, donde su efigie, antes desbastada tan sólo en un tronco de arce y fundida en bronce por el artífice Mamurro, se encuentra en el Foro y desde allí ruega al divino Sator por los romanos (IV, II).

DIOSES ORIENTALES.

Las religiones orientales se habían ya extendido ampliamente en la Roma del siglo I. Los dioses y los cultos asiáticos y egipcios eran conocidos por toda persona culta y la práctica de estos ritos se encontraba bastante generalizada entre el pueblo romano.

Propertio da cabida en su obra a dos diosas extranjeras: la frigia Cibele y la egipcia Isis. El culto a la Gran Diosa Madre de Asia Menor había sido introducido en Roma desde el siglo III y su estatua había sido traída a Roma bajo circunstancias milagrosas. Propertio recuerda, como un parangón a la pureza de Cornelia, como los ruegos de una mujer que había sido calumniada, hicieron que el barco que transportaba la estatua de la diosa se moviera y llegara al puerto:

vel tu, quae tardas movisti fove Cybeben,

Claudia, turritae rara ministrae deae,

(IV, XI, vv. 51-52)
(47).

Propertio utiliza a la diosa como una alusión geográfica al referirse a Dindime, donde la diosa es venerada (III, XXII, vv. 3-4). Cibele es descrita por Propertio como magna dea, llevando en lo alto de su cabeza las torres que la hacen parecer majestuosa. Los ritos salvajes en su honor eran bien conocidos por Catulo (48) y Propertio menciona la mutilación de los sacerdotes frigios, inducida por los rythmi insani, co

mo ejemplo de un acto sin explicación racional (II, XXII, vv.13-16).

Como Baco también proviene del Oriente y los ritos que las bacantes realizan son tan sangrientos y frenéticos como los actos que los Gales efectúan al escuchar los ritos de Cibeles, a Propercio le es lícito utilizar los roncros címbalos frigios como un instrumento más de los que acompañan el cortejo de Baco, y los coros del Ida, dirigidos por la Gran Diosa, forman parte de las danzas en el mismo cortejo (II, XVII, vv. 35-36) , (49).

La antigua religión egipcia, modificada y helenizada en tiempo de los Ptolomeos, se había introducido fácilmente en el mundo romano; los misterios de Isis y Osiris eran ya populares desde los últimos tiempos de la República, a pesar de las medidas del Senado, que había ordenado derribar los santuarios de estos dioses. La difusión de este culto siguió aumentando en la época de Augusto, aunque en el centro de Roma estaba prohibida la erección de sus altares pues, evidentemente, el príncipe no podía tolerar la presencia de dioses enemigos a la patria, siendo, además, Sumo Pontífice de la religión romana y buscando defender y renovar las graves y austeras tradiciones de los antiguos ciudadanos.

Para los alejandrinos, Isis estaba identificada con Venus y en Roma fue el culto favorito de las cortesanas y damas ligeras (50). Ejercía atracción entre las mujeres por el misterio que lo rodeaba y por apelar fuertemente a la emotividad, ofreciendo consuelos individuales, en especial, la salvación personal. La Delia de Tibulo y la Corina de Ovidio si-

guen, al igual que Cintia, el culto a Isis y los poetas mencionan con frecuencia a la diosa en sus elegías (51).

En Propertio, como en Ovidio (52), Isis está identificada con Io, la desdichada amante de Júpiter que, tras haber sufrido convertida en vaca, ha sido elevada al rango de diosa y bebe ahora las aguas del Nilo:

Io versa caput primos mugivarat annos:
nunc dea, quae Nili flumina vacca bibet.

(II, XXVIII, vv. 17-18)
(53)

Estos se debió quizá a que Isis se confundía con la diosa Hathor, la vaca celestial cuyos cuernos representaban la luna.

Cintia sigue los ritos de la diosa entre los que están diez noches de castidad, a las que el poeta llama tristes solemnidades. Maldice el culto que la hija de Inaco trajo desde el Nilo para las matronas Ausonias, ya que esos días servían como pretexto para negarse a los amantes (IV, V, v. 34) (54). El poeta llama a Isis diosa amarga y, después de recordarle los tiempos en que era desdichada comiendo ferraje y no pronunciando más sonido que el propio del ganado, le reprocha que se haya convertido en una diosa soberbia que impide el amor. Pero, sobre todo, le reclama el que haya venido a Roma, sin que Egipto le haya bastado; la amenaza con otra metamorfosis o con la expulsión de la ciudad, si no se vuelve un poco más amable, pues el Nilo y el Tíber no han sido nunca amigos:

Tristia iam redeunt iterum sollemnia nobis:
Cynthia iam noctes est operata decem.
Atque utinam pereant, Nilo quae sacra tepente
misit matronis Inachis Ausoniis!

quae dea tam cupidos totiens divisit amantis,
quaecumque illa fuit, semper amara fuit.
tu certe Iovis occultis in amoribus, Io,
sensisti multas quid sit inire vias,
cum te iussit habere puellam cornua Iuno
et pecoris duro perdere verba sono.

A, quotiens quernis laesisti frondibus ora,
mandisti et stabulis arbuta pasta tuis!
An, quoniam agrestem detraxit ab ore figuram
Iuppiter, idcirco facta superba dea es?
An tibi non satis est fuscis Aegyptus alumnis?
cur tibi tam longa Roma petita via?
Quidve tibi prodest viduas dormire puellas?
Sed tibi, crede mihi, cornua rursus erunt,
aut nos e nostra te, saeva, fugabimus urbe:
cum Tiberi Nile gratia nulla fuit.

(III, XXIII, vv. 1-20)

(55).

Propertius alaba también a Isis como diosa salvadora
y dadora de salud, cuando recuerda a Cintia que debe ofrendas
y ceremonias especiales a la diosa que antes fue una ternera
(II, XXVIII, vv. 61-62) (56).

DIOSES DEL INFRAMUNDO.

Una de las ideas recurrentes en la obra de Propertio es el pensamiento de la muerte y del más allá. Su obsesión por los funerales y por la supervivencia personal se encuentra en los cuatro libros de las elegías. Ese miedo a la muerte y a la destrucción del ser individual es característico de la época en que vive el poeta, en que la incertidumbre de la situación política y el escepticismo que imperaba en la filosofía provocaban un deseo angustioso de sobrevivir de alguna manera. Los hombres tienen temor a la desaparición y se esfuerzan en conseguir una inmortalidad más cierta que la que podía proporcionarles la ritualista religión romana. Los romanos buscan preservar su memoria con tumbas notorias; los filósofos y los poetas lo pretenden con su obra, que los librará del olvido y les permitirá seguir viviendo en esa forma. El non omnis moriar de Horacio se repite en Ovidio y en Propertio. (57).

Sin embargo, aunque había ya desaparecido toda creencia en un Hades real, la mitología griega proporcionaba temas muy interesantes para un poeta como Propertio. Así pues, en su obra se encuentran frecuentes descripciones del Inframundo y alusiones a los castigos que se infligían en él. Los tormentos que sufren los personajes tradicionalmente culpables de grandes crímenes, como Tántalo, Ixión, Sísifo y las Danaides, son, según Propertio, semejantes y aun inferiores a los que padecen los amantes (I, IX, vv. 20-21), (II, XVII, vv. 5-8), y deberían estar reservados a los que son infieles a su amor

(II, XV, vv. 29-32). El castigo de Ocho lo merece quien forma empalizadas de los árboles y fabrica roncacas tubas de huesos (IV, III, vv. 19-20).

El Hades es descrito por Cintia cuando se aparece a Propertio después de su muerte; ella lo ve separado, como era usual, en dos sendas y dos campos: el lugar donde se encuentran los malvados como Clitemnestra y Pasifae, y los Campos Eliseos, donde Cintia, en compañía de Hipermestra, de Andrómeda y de las otras grandes figuras femeninas de la mitología, recuerda sus amores y los relata, sintiéndose orgullosa de haber inspirado los versos del poeta (IV, VII, vv. 55-70). La superstición romana se mezcla a las ideas griegas y, si Cintia puede hablar con Propertio, es porque de noche las sombras vagan libres, debiendo regresar a las riberas del Leteo con la luz (IV, VII, vv. 89-92).

Cornelia, en su elogio fúnebre, describe también el Hades, señalando cómo se dulcifica el terrible lugar al oír el juicio que Minos y Eaco, junto con las Euménides, realizan a una mujer tan virtuosa como ella (IV, XI, vv. 17-28).

Los dioses del Inframundo, sin embargo, no son mencionados por el poeta más que como parte de ese decorado mitológico que rodea el más allá. Perséfone recibirá los tres libros que el poeta lleve como ofrenda al Hades, siendo ellos la única pompa que quiere tener en sus funerales, ya que desea que su tumba sea recordada como la de un unius servus amoris, y su muerte llorada por Cintia como la de Adonis por Venus (II, XIII, vv. 25-26, 53-59, y 35-36).

Cuando Cintia está enferma y en peligro de muerte, Propercio invoca a Perséfone para suplicarle que tenga clemencia de su amada y al esposo de la diosa para que no sea cruel con los dos amantes. Les pide que se conformen con los millares de mujeres bellas que se encuentran en su reino y que permitan que por lo menos una de ellas permanezca en los lugares superiores (II, XXVIII, vv. 47-50).

Añade también, únicamente para señalar un punto geográfico, al rapto de Proserpina por Plutón, al mencionar el camino que siguieron los caballos del rector Dite (III, XXII, v. 4).

CONCLUSION.

Propertius utiliza a los dioses como una justificación para su oficio de amante y poeta amoroso.

Augusto quería una Roma digna y pacífica, donde se mantuvieran las antiguas tradiciones que habían dado grandezza a la urbe. La paz que Augusto buscaba era aquélla en que pudiera desenvolverse el trabajo agrícola necesario a la economía romana, pero no la paz que conducía a la vida fátal y ociosa de la sociedad urbana en que se manifiestan los poetas elegíacos. La política del príncipe alienta la guerra gloriosa que, aumentando el poder de Octavio, sirve para mantener la idea de la supremacía sobre las otras naciones.

Augusto pretende que los poetas apoyen esos propósitos con su obra. Virgilio y Horacio, de manera convincente y genial, responden a estas ideas: alaban la paz y el trabajo del campo, deseando una nueva edad de oro, y celebran asimismo las acciones guerreras que darán mayor gloria a Roma, pero todo dentro de una visión lírica personal.

La obra de los poetas elegíacos no alienta al logro de esas metas. Si alaban la vida campesina, lo cual es raro en Propertius, lo hacen de manera idealizada y demasiado convencional. La paz que Propertius desea es la que propicia los amores y los banquetes, no la actividad laboriosa de la vida rústica. La musa ligera de los elegíacos, por otro lado, desprecia las

hazañas guerreras, tanto las antiguas como las actuales, pues su voz no tiene bastante aliento para celebrarlas.

Ahora bien, Propercio debe embellecer su posición frívola ante la vida y, para ello, la inscribe en un marco mitológico y la compara a las actividades de los dioses. Los dioses de Propercio no son seres superiores al hombre, sino semejantes a él, con sus mismos defectos y actitudes, aunque un poco más fuertes y bellos. Incluso parecen pertenecer al mismo círculo social del poeta. Del mismo modo que aman sus amigos, son amantes los dioses. Tan ligera como las mujeres que él frecuenta es Venus, su diosa preferida. Como Propercio y sus compañeros, los dioses gustan de la poesía, de los banquetes y del vino; ayudan a los jóvenes en sus aventuras amorosas y parecen competir con ellos en desenfrenos.

Son también iguales a los héroes y muchas veces no los superan ni en fuerza ni en gallardía; dioses y héroes juntos pueden representar la misma idea e ilustrar la misma comparación con un mortal. Actúan todos en el mismo plan y se confunden además con figuras reales. Para Propercio, la historia y la leyenda son paralelas.

Otra forma de justificarse es comparar al amante con el soldado en los afanes, aunque suprimiendo las penas que la actividad del soldado puede causar. Al equipararse a los hombres más distinguidos de su sociedad, a quienes conservan el prestigio de Roma como conquistadora del orbe, los poetas amatorios adquieren un nivel más elevado ante sus ojos.

Propertio encuentra una manera aún más efectiva de dar nobleza cívica a su obra: los dioses que aparecen en ella son dioses romanos. Conservan su carácter mítico griego, pero han pasado a ser parte de la herencia cultural romana. Ellos propician la grandeza de Roma y alientan a Augusto en su misión, secundando con decisión sus proyectos, ya que él es representante de la urbe elegida por el destino para dominar el mundo. Esta actitud patriótica de los dioses se nota más evidente en el libro IV, en donde han perdido casi por completo sus facciones griegas y están ya romanizados. Por otro lado, Propertio tiene un interés especial en la investigación de las causas de algunos ritos romanos y del origen de los nombres que los dioses han adquirido en Italia. Así encuentra un modo inofensivo de congraciarse con la religión oficial que Augusto patrocina.

Las elegías de Propertio son poemas eruditos y están dirigidas a eruditos. Muchas veces menciona sólo el lugar donde el dios nació o es alabado para sustituir su nombre. Otras veces utiliza sus atributos o forma perifrasis para referirse a ellos. Por lo general, no relata completos los mitos relacionados con los dioses, sino que los menciona aludiendo con frecuencia a un solo detalle en conexión con ellos, como una clave para que el oyente los descifre.

Además, en la obra de Propertio los dioses son muchas veces referencias y personificaciones, signo también de la educación recibida por el poeta: Venus es el deseo amoroso; Marte, la guerra sangrienta y Baco, el vino. A veces menciona sólo el rasgo más característico de cada figura divina: los ojos de Mi

nerva o el poder de Júpiter, por ejemplo, convirtiéndolo, como le hacen los otros elegíacos, en lugar común literario. Una muestra más de su conocimiento de la mitología es el señalar un lugar con el nombre de algún dios o héroe que tiene algo que ver con ese sitio.

La profusión de alusiones mitológicas en la obra de Propertio no es un simple catálogo de nombres divinos o acciones míticas. Es verdad que tiene una mayor cantidad de dichas alusiones que los otros poetas elegíacos, quizá por su estricta imitación de los alejandrinos, o bien por su cultura, que le daba una enorme familiaridad con los dioses griegos.

Propertio no cree en la superioridad de los dioses y utiliza sus figuras para adornar y dar variedad a su obra. En la descripción que hace de esas figuras, muchas veces con un simple adjetivo, es donde se manifiesta el virtuosismo de Propertio. Los dioses están pintados con precisión y arte exquisito; son imágenes llenas de vida, que están muy lejos de ser superfluas en la estructura de las elegías.

NOTAS.

(1). Ovidio, Amores, II, IV.

(2). Allí en los escollos mirarás sentarse a las Hermanas
y cantar del antiguo Jove los dulces hurtos,
Por Semale fue quemado, por lo extraviado
y como ave voló a los troyanos techos.
Si nadie existe que venciera del Alado las armas
¿por qué de común culpa sólo soy yo acusado?

(3). Júpiter junto a Alcmena había descansado dos noches
y el cielo de noche dos veces sin rey estuvo
y no por esta causa a los rayos lánguido vino;
ningún amor las fuerzas arranca de sí mismo.

(4). Y no es admirable, cuando es digna de Jove y semejante
a Leda,
y más grata que el parto de Leda, una por tres;
y ella es más tierna que las hercúneas Ináquidas;
ella con sus palabras obliga a amar a Jove.

(5). Catulo, Sármenes, LXX.

(6). Tibulio, I, IV, vv. 23-24; Ligdamo, III, VI, vv. 49-50.
Ovidio, Amores, I, VIII, v. 86. y III, IV, vv. 35-36
Horacio, Odas, II, 8.

(7). Los comentaristas se inclinan a pensar que la mujer por
quien Júpiter lloró es Semale.

- (8). A los amantes perjuros no siempre plácido ríe
Júpiter y desprecia los ruegos con sordo oído
Vístais cómo los truenos recorren todo el cielo
y cómo los rayos bajan desde la etérea casa;
no hacen esto las Pléyades o el acuoso Orión
y la ira del rayo no cae de la nada así;
aquél suele entonces castigar a las jóvenes perjuras,
decepcionado en otro tiempo lloró también el mismo dios.
- (9). Júpiter, compadécete al fin de la joven enferma,
culpa tuya será una muerte tan hermosa.
- (10). Escribiré yo: "por el magno Jove es salva la joven;
y ante tus pies devota ella se sentará
y narrará sentada sus largos peligros."
- (11). Razón, si eres diosa, me dedico a tu culto;
tantos votos míos han caído en un Jove sordo.
- (12). No agrada en ciego movimiento pervertir a Venus:
por si no sabes, los ojos son en el amor guías.
- (13). Tibulo, I, IV, v. 65.
- (14). ¡Con Venus triste no tengo yo premio alguno!
ella puede romper las magnas fuerzas de los héroes
y ella también ser dolor a las mentes cruales:
ella ni tiene miedo de atravesar el linde árabe,
ni teme al purpúreo lecho, Tulo, subir;
y en todo el lecho voltear al joven miserable:
¿en qué alivian las sedas de adornados tejidos?
mientras ella, aplacada, se acerque a mí, no temaré
despreciar reino alguno o los presentes de Alcino.

- (15). Ovidio, Amores, I, XIV, vv. 31-34.
- (16). Apuleyo menciona también que los celos de Venus fueron el origen de las desdichas de Psiquis. The Golden Ass, Cap. VII.
- (17). ¿Acaso por ser comparada se ha dolido Venus? Ella en
demasia
es una diosa celosa para las bellas jóvenes.
- (18). Ovidio, Amores, I, VI, vv. 11-12. Tibulo, I, II, v. 16
- (19). Vigilas tu de nocte ut tuis consultoribus respondeas,
ille, ut eo quo intendit mature cum exercitu parveniat;
te gallorum, illum buccinarum cantus excuscat; tu
actionem instituis, ille aciem instruit; tu caves ne
tui consuleres, ille ne urbes aut castra capiantur;
ille tenet et scit ut hostium copiae, tu, ut aquae
pluviae arceantur; ille exercitatus est in propagandis
finibus, tuque in regendis. Ac nimirum -dicendum est
enim quod sentio- rei militaris virtus praestat ceteris
omnibus. (Cicerón, Pro Murena, IX, 22).
Velas tú de noche para responder a tus consultantes,
él, para llegar a tiempo con su ejército allá a donde
se propone. A tí de los gallos, a él de las trompetas
el canto despierta. Tú instituyes el proceso, él forma
el ejército. Tú cuidas a tus consultantes, él que las
urbes y el campamento no sean sorprendidos. El entien-
de y sabe que las tropas de los enemigos, tú cómo las
aguas de la lluvia se rechazan. El se ha ejercitado en
extender las fronteras, y tú, en determinarlas. Y, sin
duda (pues he de decir lo que siento), el valor del arte
militar aventaja al de todas las demás.
(Trad. de Julio Pimentel - En defensa de Murena
U. N. A. M. - 1972)

- (20). La milicia de Venus soportarás bajo las suaves armas:
y a los niños de Venus serás util enemigo.
- (21). No soy yo para la alabanza, ni nací apto para las armas:
los hades quierén que yo sufra esta milicia.
- (22). Esta victoria para mí es más grande que los vencidos Partos,
ésta será para mí, despojos, reyes, carros;
grandes dones fijaré en tu columna, Citera,
y un canto tal estará bajo mi nombre:
"Coloco ante tu templo, Diosa, este botín,
Yo, propercio, amante recibido toda una noche.
- (23). No más conocida en el cielo fábula alguna fue.
- (24). Las palomas son las aves consagradas a Venus: et Veneris
dominas volucres, mea turba, columbae. (III, III, v. 31).
- (25). Virgilio, Eneida, I. vv. 402-406.
- (26). Y llevé ella misma las armas de su César,
portando las armas victoriosas de Troya resurgida.
- (27). Tibulo dice que Cupido ejercitó sus armas con los ani-
males antes de usarlas contra los hombres (II, I, v.
67). Para Ovidio, Cupido es un dios niño travieso en
exceso (Am. I, I.)
- (28). Quienquiera que fuese el que pintó al Amor como niño,
¿no juzgas que tuvo admirables las manos?
Que los amantes viven sin sentido él vivo, antes que nada,
y que bienes grandes pierden por leves cuitas.

El mismo, no en vano, lo acrecentó con alas de viento,
y al día hizo volar en el pecho del hombre:
Es lo que hace que seamos llevados en ondas alternas,
y el ánima nuestra en ningún lugar permanezca.
Y con razón su mano está armada de saetas dafinas.
y le cuelga del hombro la aljaba de Gnosos,
pues antes que ciertos hayamos pédido varlo nos hiere,
y de tal herida nadie se aleja indemne.
Duran en mí las flechas y dura la imagen del niño:
peró ciertamente aquél ha perdido sus alas,
ay, pues por parte alguna sale volando del pecho,
y constante en mi sangre sus batallas conduce.

(Trad. de Rubén Bonifaz Nuño, Antología
de la Poesía Latina. Méx. 1957).

- (29). Ovidio, Amores, I, III, vv. 11-12 y XIV, vv. 31-34.
- (30). Tibulo, I, IV, vv. 37-38.
- (31). Horacio, Odas, I, I, v. 29.
- (32). Existen pues las Musas y Apolo no es tarde para el
amante;
a ellos confiado yo amo: Cintia, la excepcional, es mía.
- (33). Ovidio, Amores, I, 2, vv. 1-2.
- (31a). Y no tiembles por las viandas Ausonias, ó Febo que
has huído,
- (32a). Tibulo, II, III, vv. 11 y ss.

- (32a). No traía aquél los cabellos sueltos sobre su cuello,
o el inerte canto de la lira de tortuga,
sino con el rostro con que vió a Agamemón, hijo de
Pélope,
Y llenó el campamento dorio con piras ávidas.
O como a la serpiente Pitón desató a través de los
círculos doblados,
a quien las liras débiles han temido.
- (34). Ovidio, Amores, II, II, v. 4.
- (35). Tibulo, II, V.
- (36). Tibulo, I, II, vv. 1-4. Ligdamo, III, VI.
- (37). Con sueltos racimos de hiedra sobre el blanco cuello,
cañirá la cabellera de mitra lidia,
con perfumado aceite la leve cabeza sanará
y llevarás desnudos los pies bajo la fluctante veste;
- (38). Tibulo y Ovidio, en cambio, sí lo presentan como civi-
lizador: Tibulo I, III, vv. 67-68. Ovidio, Amores, IIII
II, vv. 43-57,
- (39). De aquí mi Cintia por Jacas fue llevada:
Juno ha sido la causa, pero más causa, Venus
- (40). Salve, santo padre, a quien ya favorece la áspera Juno;
- (41). Tibulo, II, I, v. 65.
Ovidio, Amores, III, II, vv. 43-57.

- (42). Este es el lugar en que sonarás, flauta docta,
que nadaste en el Meandro lanzada injustamente
cuando la hinchazón afeó el rostro de Palas;
- (43). Proporcio es el fin o que afirma este hecho.
- (44). Ya que Vesta, de las chispas de Ilión feliz tutela,
alimenta la culpa y guarda antorchas múltiples en los
huesos.
- (45). Ovidio, Metamorfosis, libro XI, III.
- (46). Corpus Tibullianum, III, VIII, vv. 13-14.
- (47). O... tá, que moviste con el cable la lenta Cibeles,
Claudia, excepcional esclava de la diosa de las to-
rres.
- (48). Catulo, Cármenes, LXIII.
- (49). Catulo, Cármenes, LXIII, v. 23.
Para Tibulo, Cibeles es Opáda Ida, a cuya carroza si-
guan los jóvenes y por quien se castran, obsesionados
por la música frigia (I, IV, vv. 68-70).
- (50). Ovidio, Amores, II, II, 25.
- (51). Ovidio, Amores, II, XIV, vv. 7-18.
- (52). Ovidio, Amores, I, II, v. 46. Metamorfosis, libro I,
V, y VI; libro IX, IV.
- (53). En los primeros años, con la cabeza cambiada había mugido
ahora es una diosa, que como vaca bebe las aguas del Nilo.

(54). Ovidio, Amores, I, VIII, v. 74.

(55). Regresan ya otra vez las solemnidades tristes para
nosotros.

Cintia diez noches ya les ha dedicado,
y ojalá que perezcan, los ritos que del tibio Nilo
envió la Ináquida a las matronas Ausónias;
la diosa que tantas veces ha separado a amantes tan
desechos,
quienquiera que ella sea, ha sido siempre amarga.
Io, tú en los ocultos amores de Jove, desierto
sentiste lo que sea andar por muchos caminos,
cuando Juno a ti, joven, ordenó tener cuernos,
y perder las palabras con el duro sonido del ganado.
¡Ah, cuántas veces lastimaste tu rostro con las hojas
de encina,
y comiste en tus establos arbustos pastados!
Acaso, porque la forma agreste del rostro quitó
Júpiter, ¿por eso te has hecho una diosa soberbia?
¿Acaso no te basta el Egipto con sus negros alumnos?
¿Por qué has llegado a Roma por una vía tan larga?
o bien, ¿de qué te sirve que viudas duerman las jóvenes?
Pero tú tendrás, créame, otra vez cuernos,
e nosotros, oh cruel, de nuestra ciudad te expulsaremos:
ya que nada agradable ha sido el Nilo para el Tíber.

(56). Tibulo, I, III, vv. 23-34 y II, XIV, vv. 7-18.

(57). Ovidio, Amores, I, XV, vv. 41-42.

BIBLIOGRAFIA.

- Apuleius, Lucius:-- The Golden Ass (The transformations of Lucius)
tr. by Robert Graves.-- Penguin Books.-- 1972.
- Bayet, Jean.-- Literatura Latina.-- Edic. Ariel.-- Barcelona, España.--
1972.
- Catulo.-- Cármenes.-- tr. por Rubén Bonifaz Nuño.-- U.N.A.M.-- México.--
1983.
- Cumont, Frans.-- After Life in Roman Paganism.-- Dover Publications,
Inc.-- Yale University.-- New York.-- 1959.
- Cumont, Franz.-- Oriental Religions in Roman Paganism.-- with an
introductory essay by Grant Showerman.-- Dover Publications,
Inc.-- Yale University.-- New York.-- 1956.
- Graves, Robert.-- The Greek Myths.-- 2 vol.-- Penguin Books.-- 1971.
- Ovidio, Publio.-- Arte de Amar y Las Metamorfosis.-- tr., pról.
y notas por Federico C. Sáinz de Robles.-- Edit. Iberia.--
España.-- 1969.
- Ovid.-- Heroides and Amores.-- tr. by Grant Showerman.-- Loeb
Classical Library.-- Harvard University Press.-- Great
Britain.-- 1971.
- Propertii, Sexti.-- Carmina.-- Ed. E. A. Barber.-- Oxford Classical
Texts.-- Clarendon Press.-- 2a Ed.-- 1960.
- Propertius.-- Elégies.-- tr. par D. Paganelli.-- Les Belles Lettres.--
Paris.-- 4a. Ed.-- 1970.

Propertius.- The Poems.- Tr. with an introduction by A. E. Watts.-Penguin Books.- 1966.

Propertius.- The Poems.- Tr. by Constance Carrier with introduction, notes and a glossary by Palmer Bevie.- Indiana University Press.- U. S. A. - 1963.

Tibullus.- The Poems.- With the Tibullian Collection.- Tr. with an introduction by Philippe Dunlop.- Penguin Books.- 1962.

Witt, R. E.- Isis in the Graces - Roman world.- Thames and Hudson.- Great Britain.- 1971.